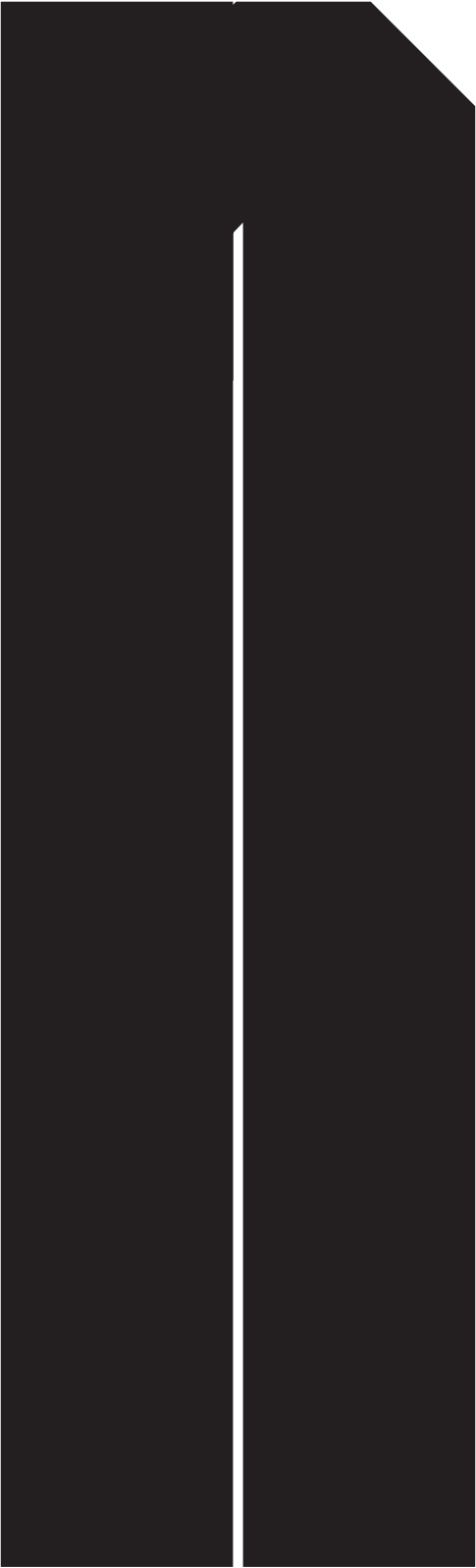




A D A más llegar al hotel que Francis Ford Coppola posee en el sur de Italia, me lo encuentro en la cocina del establecimiento, vestido con un uniforme verde, cortando verduras. Es sabido que el cineasta, nacido en Detroit hace 86 años, vendió una de sus bodegas para conseguir los 120 millones de dólares que

le costó *Megalópolis*, su última película, y que el fracaso en la taquilla del filme (apenas ingresó 14,3 millones) fue de dimensiones épicas. Desde entonces ha circulado el rumor de que ha tenido que vender varios relojes valiosos y que ha renunciado al arrendamiento de una isla privada para «mantener el barco a flote». Pero ¿convertirse en cocinero? En realidad, solo quería cocinar pollo a la cazadora para sus invitados. Esa noche, nos sirve el guiso a dos amigos suyos cineastas y a mí, acompañado de mucha conversación y una canción de Noël Coward de fondo. «Algún día te encontraré / luz de luna detrás de ti». No parece un hombre con problemas económicos. «Acabo de recibir buenas noticias», comenta mirando su Apple Watch. No dice nada más, pero deduzco que se trata de su próximo proyecto.

Leyenda viva del cine, Coppola es hospitalario y locuaz. Es fácil entender por qué su equipo lo adora, y trabaja con él una y otra vez como si fueran una familia. Una familia que no lo abandonó cuando, entre los dos primeros *Padrinos*, rodó con cuatro duros *The conversation*, cinta profética del Watergate y Palma de Oro en Cannes, y, sobre todo, que lo siguió hasta el infierno con *Apocalypse now*, el rodaje más duro de la historia. Sus éxitos han sido rotundos; sus quiebras, múltiples. Un tema recurrente en su conversación es explicar cómo eludió tal o cual traba administrativa para hacer una película contra todo pronóstico.

Cuando habla de política, parece un radical de los sesenta. Opina que pronto no habrá países. «No tienen sentido. Veo un mundo sin naciones. Antes de 1914 nadie tenía pasaporte. Somos una familia humana. Es nuestra Tierra». Cree, además, que la renta básica universal —es decir, que el Estado pague a todos los ciudadanos una cantidad fija de dinero de forma periódica sin ninguna condición— acabará siendo una realidad. «No me cabe duda».

Le pregunto por sus seis Oscar. Se encoge de hombros: «No sé dónde están. En una bodega que tuve...». Se sabe que mientras hacía el *casting* de *Apocalypse now*, preso de la frustración por no conseguir cerrar el reparto, por las incesantes reescrituras del guion y por la presión financiera y artística, lanzó cuatro de sus estatuillas por la ventana. «Para mí tiene más valor que los jóvenes me digan que hacen cine porque vieron alguna de mis películas», señala en referencia a Edward Berger (*Cónclave*, *Sin*

novedad en el frente...) y Alfonso Cuarón (*Gravity*, *Roma...*).

Coppola puede estar vendiendo una moto, pero cree que *Megalópolis* acabará siendo rentable. «Pasó lo mismo con *Apocalypse now*. Estaba endeudado —y los tipos de interés entonces eran del 20 por ciento—; además, tuve que darle el 11,5 por ciento de la recaudación a Marlon Brando. Pensé: 'Nunca recuperaré mi dinero'. Pero 40 años después sigue dando beneficios».

Su hotel, Palazzo Margherita, se encuentra en Bernalda, en

UNA FAMILIA DE CINE
Los Coppola son toda una dinastía cinematográfica. Además de Francis y Eleanor, sus tres hijos —Gian-Carlo (izda., murió en un accidente náutico en 1986), Roman y Sofia— se han dedicado al cine. Su nieta Gia (por Gian-Carlo) es directora y su nieto Jack (por Sofia), actor; como Nicolas Cage, cuyo verdadero apellido es Coppola, sobrino de Francis. También August y Talia, hermanos de Francis y madre esta última de los actores Jason y Robert Schwartzman, se dedican al cine.

"DE NIÑO ODIABA LA COMIDA ITALIANA. ¿SABES QUÉ SON LOS 'LAMPASCIONI'? BULBOS DE JACINTO FRITOS. ¿Y LAS 'CAPUZZELLE'? MEDIA CABEZA DE CORDERO. YO ME COMÍA LOS SESOS PARA SER INTELIGENTE"